

## XXI.

La princesa bendijo aquella muerte al llorarla: Dios libraba por fin á su hermano y su rey de su largo suplicio. Ella concluyó en silencio el suyo. Desde el día en que la Convencion no temió ya á ningun pretendiente en el Temple, permitió á la compasion pública que se aproximase á ella. Nueve dias despues de la muerte de Luis XVII, la ciudad de Orleans salvada en otro tiempo por una jóven heroica se atrevió á interceder por la inocente hija de Luis XVI. Aquella ciudad envió diputados á la Convencion para reclamar la libertad de la jóven princesa y su traslacion al seno de su familia. «Porque ¿quien de nosotros, dijeron los diputados de la ciudad de Orleans querria condenarla á habitar en unos sitios humeantes todavía con la sangre de su familia?» Nantes imitó aquel ejemplo. Charette habia pedido tambien en nombre de la Vendée como condicion de la pacificacion de aquellas provincias, que la hija de Luis XVI fuese entregada á sus parientes. El Comité de seguridad general, compuesto desde la caida de Robespierre de hombres saciados ó indignados de proscripciones, permitió á los guardas del Temple que la dejasen bajar por la primera vez al jardin. Paseábase allí seguida del único compañero de sus cuatro años de soledad, el perro de su padre Luis XVI que aquel príncipe dejó confiado á su cuidado al marchar al cadalso. Varias señoras de la antigua córte adictas á la princesa antes de su infortunio, y que habian podido escapar del patíbulo y de los calabozos de la revolucion, madama de Chautereine, madama de Mackan, madama de Tourzel, y su hija la señorita Paulina Tourzel, compañera de los primeros juegos de la princesa, obtuvieron permiso para visitarla. El infortunio habia añadido en aquellas tiernas almas de muger el

respeto á la compasion. Los balcones de las casas contiguas al jardin de la prision, se llenaban como los primeros dias del cautiverio del rey de semblantes amigos, y desde allí llovian flores y versos sobre la jóven cautiva. Los folletos, los periódicos, hablaban de ella á la opinion pública, dulcificada ó arrepentida. «La hija de Luis XVI tiene por fin libertad, decian aquellos diarios, de pasearse por los jardines del Temple. Dos comisarios vigilan sus pasos. Se acercan á ella con consideracion y la tratan con el respeto que inspira el recuerdo de lo que fué y el triste espectáculo de lo que es en el día. Una cabra que se la permite mantener á su lado es el objeto de sus cuidados: el manso animal la sigue con fidelidad. Pero sobre todo un perro es el inseparable compañero de la jóven princesa y parece que la tiene mucha inclinacion. Es el perro del rey, que ahora no tiene amo, pero que todavía le quiere en la persona de su hija.»

## XXII.

Mr. Huc, antiguo servidor del rey, alquiló uno de los balcones que daban al jardin. Cantó como Blondel, servidor de otro rey cautivo, palabras consoladoras á la hija de su amo. Por medio de señales logró hacer llegar á sus manos una carta de su tío Luis XVIII. La princesa pudo contestar con connivencia de los comisarios que cerraban los ojos. Charette la trasmitió por aquel medio los votos y la adhesion de su ejército. Todo anunciaba el fin de su cautiverio. El 30 de julio, la Convencion despues de oir el dictámen de su Comité de salud pública y de seguridad general, decretó que la hija de Luis XVI, fuese cangeada al Austria por los representantes y ministros que Dumouriez habia entregado al príncipe de Coburgo en el acto de su defeccion: Drouet Semonville, Maret,

de otros prisioneros importantes del Austria. No dejó mas huellas de su cautiverio y de sus lágrimas en la prision, que las dos líneas grabadas por ella en la piedra de su ventana en los largos ocios de su reclusion. «Padre mio, vela sobre mí desde los cielos.... Dios mio, perdonad á los que han hecho morir á mi padre.....»

## XXIII.

El 19 de diciembre de 1795, á media noche el día de su nacimiento salió de su prision. El ministro de lo Interior Benesech, para evitar la emocion del pueblo, la condujo á pie desde el Temple hasta una calle inmediata en donde le aguardaba su coche, que siguió por senderos desiertos y apenas trillados hasta entonces por los alrededores del baluarte, y se detuvo en un terreno solitario detras de la puerta de San Martin. Allí recibió á la princesa una silla de posta ocupada por madama de Souce sub-aya de los príncipes, y por un oficial de gendarmería. El ministro aumentó el precio de la libertad por el respeto y la compasion que manifestó en sus palabras y preparativos. La jóven princesa no pudo contestar mas que con el llanto. Dejaba detras de sí con sus cuatro años de juventud trascurridos en la oscuridad de un calabozo, los cadáveres de su padre, de su madre, de su tia, de la princesa de Lamballe, de su hermano, de princesas de su córte y de todo cuanto habia conocido y amado desde la cuna. Las ruedas del carruaje no le parecian bastante rápidas para huir de una tierra que habia bebido tanta sangre y devorado tantas víctimas viudas, mugeres, niños, inocencia y virtud, por el crimen de la corona. La agonía del hijo de Luis XVI, los suplicios de su hermana, el cautiverio de su hija, serán largos remordimientos para el corazon del pueblo, y fúnebres manchas

sobre la revolucion. Han sido necesarios cincuenta años de una revolucion mas pura, para devolver su inocencia á la libertad. Aquellos suplicios inmerecidos, aquellas decapitaciones de mugeres, aquellos sacrificios lentos de un niño y una jóven, aquellas agonias de cuatro años, peores que el hacha á vista de una nacion famosa por su generosidad hacen temblar á la mano que lo refiere. ¿Será acaso cierto que la estremada civilizacion se confunde en esos sacrificios humanos con la estremada barbarie? No, sin duda; ese pueblo salia de una larga ignorancia y se vengaba en inocentes. No habia aprendido aun que las venganzas salen de las venganzas, y que Dios no concede una libertad duradera mas que á la justicia y á la magnanimidad del pueblo.

## XXIV.

El nombre de Sofia ocultaba el suyo verdadero, pero no ocultaba su rostro. La semejanza de aquella jóven con el semblante de Maria Antonieta, grabado en las miradas del pueblo la hizo descubrir tres veces en el camino. Pero allí no habia ya como en Varennes, guardias nacionales para conducirla á la prision, no habia mas que miradas humedecidas para admirarla y manos amigas para aplaudir su libertad.

## XXV.

La belleza habia triunfado del dolor y de la reclusion. La fuerte sávia de los Borbones habia desarrollado sus encantos en la oscuridad del Temple. Cabellos ondeantes, cuello flexible, talle esbelto, ojos azules, facciones á la vez magestuosas y delicadas, el colorido de la ado-

lescencia en un rostro antes de tiempo madurado por la soledad, la altivez que da la sangre, esa tristeza que infunde el recuerdo y aquella alma desolada en un semblante radiante de juventud, escitaban y fijaban las miradas. No podía mirársela sin ver cuánto había atravesado su destino y lo que todavía la esperaba. Era la aparición trágica de la revolucion escapando del hacha de los verdugos, teñidos los pies con la sangre de los suyos y librándose de la muerte en el destierro. En todas partes fué recibida con esta impresion. En Alemania se arrodillaban cuando pasaba y creían ver en ella una resurreccion de todos aquellos sepulcros.

Su tío el emperador de Austria la tenía preparada una habitacion; toda la familia imperial salió á recibirla á la puerta de palacio. Fué tratada allí como archiduquesa: tenía entonces diez y siete años. La intencion del emperador era casarla con su hermano el archiduque Carlos, el héroe del Austria. Se acordó de que su padre Luis XVI la había destinado para su primo el duque de Angulema, hijo del conde de Artois y quiso obedecer su última voluntad. Partió para Mittau adonde el rey su tío la llamaba para aquella union de familia. Se arrojó á sus pies y se los abrazó como si hubiese encontrado en él á un padre. Aquel príncipe la presentó al duque de Angulema como un esposo destinado por el cielo. En seguida la llevó al abate Edgeworth que había recibido las últimas oraciones y el último arrepentimiento de Luis XVI, y que no le dejó hasta el pie ensangrentado del cadalso. Pocos dias despues, aquel venerable sacerdote, santificado á sus ojos por la circunstancia que le recordaba, bendijo su union con el jóven duque. Aquel matrimonio fué estéril. El hacha con su terror, el cautiverio con sus tormentos, habían herido la posteridad del trono hasta en aquel último vastago.

La duquesa de Angulema siguió en todas sus vicisitudes, los destierros y las mudanzas de patria y de fortuna

de su tío. Aquel príncipe la amaba por sentimiento y por politica, se adornaba á los ojos de la Europa con aquella hermosura, aquella juventud y aquella piedad: la llamaba su Antigone. Presentábase apoyado en el brazo de su sobrina como un monarca protegido desde el cielo por el ángel del desconsuelo. Vivía á su lado en el palacio de Hartwell, acordándose de la Francia con amargura, pero del trono y de la patria con el orgullo y la magestad inherente á su sangre.

## XXVI.

El duque de Orleans, hijo de Felipe Igualdad, había separado su causa y su vida de la rama primogénita de los Borbones. Adicto á la revolucion por su padre, educado y aguerrido por Dumouriez, había combatido al lado de aquel general, en Jemmapes contra los emigrados. Había seguido á su gefe en su traicion y en su defeccion contra la Convencion, y pasádose al enemigo con Dumouriez y su estado mayor. Emigrado á su vez, su nombre y sus opiniones le habían impedido buscar un asilo en el campo de los príncipes ó en la córte de los emigrados. Había vegetado en Suiza y en América con un nombre supuesto y desempeñando funciones vulgares. Su talento comun, pero sagaz, se había aguzado con las dificultades de la vida. Había vencido los obstáculos que su nacimiento y sus antecedentes oponian á su fortuna, á fuerza de reserva y de contemporizacion, tan pronto príncipe como ciudadano segun la hora y el pais, se había hecho tan aceptable á la libertad como á la corona. Durante el reinado de Bonaparte, fué á reconciliarse con los Borbones, y á desaprobar las defecciones y votos de su padre. Durante la guerra de la independencia, pasó á España, ofreciendo como Moreau su espada contra Napoleon. Los

Borbones y las Córtes españolas temieron aceptar el auxilio de un príncipe de su sangre, que los hubiera obligado á guardar demasiado reconocimiento á un pretendiente eventual á la corona. El duque de Orleans, marchó á Sicilia, en donde la proteccion de los ingleses y el parentesco del rey, le hicieron obtener la mano de una princesa de la casa de Nápoles. En derredor suyo crecía una joven familia: parecia haber olvidado la Francia. La caída de Bonaparte y las confusas esperanzas de hacer papel en una restauracion, le hicieron acercarse. Sus opiniones encubiertas como su alma y su origen ambiguo, le hacían tan á propósito para defenderla como para combatirla. Luis XVIII y el conde de Artois, desde su visita en Londres, no veían en el duque de Orleans mas que un príncipe honrado, hombre esclusivamente dedicado al cuidado de su familia. Pensaban que devolviéndole su rango de primer príncipe de la sangre y su inmensa fortuna, se adheriría sin peligro á una monarquía, que todo tenia que perdonárselo á su nombre. La apariencia engañaba hasta la misma sutileza de Luis XVIII. El duque de Orleans era probo en sus actos mas que verdadero en su abnegacion. No debía conspirar, sino aguardar. Esperar, en ciertas situaciones es conspirar.

## XXVII.

El príncipe de Condé, y el duque de Borbon, su hijo, aunque distantes del favor de Luis XVIII, y mas queridos en los campamentos que en la corte, vivían en Londres con la actitud de primeros soldados de la monarquía.

Desde el gran Condé y Rocroy, el heroísmo de la sangre de los Borbones parecia haberse perpetuado en aquella raza. Era la única mano de la familia que no queria

empuñar mas que la espada. La gloria militar de su abuelo era para ellos una segunda nobleza, que preferían hasta á su parentesco con el trono.

El príncipe de Condé, antiguo guerrero de la escuela de Federico II, se habia formado contra aquel príncipe en la guerra de los Siete años. Aun los mismos reveses se le convertían en gloria. Los cañones salvados por él en Rosbach, adornaban sus magníficos jardines de Chantilly. Luis XV pasaba por haber amado entre otras mugeres, á la princesa de Hesse, madre del príncipe de Condé. El favor que constantemente manifestó á su hijo, hacia creer en un parentesco mas próximo y querido que el de familia. Aquel príncipe habia cifrado desde luego su felicidad y su orgullo en no conceder nada á las ideas de la revolucion. Le parecia cosa muy inferior á su raza el hablar al pueblo de otro modo que con la espada en la mano. Desde 1789 habia emigrado con su hijo, el duque de Borbon, y su nieto el duque de Enghien, y habia plantado la enseña de la monarquía en las orillas del Rhin. La nobleza francesa se le habia reunido como su jefe, la Alemania le habia adoptado, el ejército habia tomado su nombre, y habia llegado á ser el campo de la aristocracia armada en tierra extranjera, que procuraba reconquistar su patria al lado de los ejércitos del Austria y de la Prusia. Despues de las campañas de 1792 y 1793, desgraciadas para la coaliccion, el ejército del príncipe de Condé pasó á sueldo de la Inglaterra. Habia quedado reunido pero inactivo al frente de los ejércitos de la república, espiondo la guerra civil para mezclarse en ella y la guerra estrangera para aprovecharla. Lleno de valor, de indisciplina y de inespierencia, al mando de tres jefes intrépidos, el ejército de Condé no habia podido conseguir resultados decisivos. El nombre de los Condé se habia allí engrandecido, la contra-revolucion no habia adelantado un paso en las fronteras. Aquella existencia era grande para el príncipe de Condé. Trataba

con las córtés de la Alemania, procuraba armar tramas con Pichegrú, hablaba á la república como de igual á igual, y por su fama y su popularidad en la emigracion contrabalanceaba con el rango y el titulo del conde de Provenza y del conde de Artois. Sostenia ámpliamente su noble representacion militar con los subsidios que la Rusia, la España, la Alemania y el Austria suministraban para el sueldo de su ejército.

Conquistada la Alemania, aquel cuerpo de ejército pasó á sueldo del gobierno británico, se diseminó por España, Vendée y Rusia, por todas partes, y volvió á entrar indigente en Francia. El príncipe de Condé y su hijo se retiraron á Inglaterra á una magnífica casa de campo, en donde se entregaron á la caza, pasion favorita de su familia. Allí el príncipe se casó por fin con la hermosa princesa de Monaco, á quien habia amado y arrebatado antes de la emigracion, mezclando de este modo el amor con la guerra y el destierro, como el gran Condé.

## XXVIII.

El duque de Borbon, su hijo, y su lugarteniente en el ejército, le igualaba en intrepidez. Enamorado este príncipe á los quince años de su prima, hermana del duque de Orleans, la habia robado del convento en donde se hallaba encerrada. El duque de Enghien, su hijo, era el fruto de aquellos amores precoces. La duquesa de Borbon, su esposa, se habia separado luego de él, y vivia en Inglaterra en una libertad profana, mezclada con sentimientos piadosos. El duque de Borbon habia asombrado al ejército republicano en la campaña de 1792, por temeridades y proezas de vanguardia, que habian hecho de él, el Roldan ó el Murat de la emigracion. Desde el asesinato del duque de Enghien, aquel príncipe,

sin porvenir para su casa, se habia abandonado á una molición y á una indiferencia melancólica, que solo se reanimaban con el sonido de la trompa de caza en los bosques de la Inglaterra. La gloria misma no le parecia digna de un esfuerzo desde que aquella gloria debia morir con su nombre.

Lo que faltaba á aquellos dos Condé, era el duque de Enghien su hijo y nieto, su recuerdo y su porvenir. En la pérdida de aquel príncipe habia que llorar dos generaciones. La revolucion y el campo de batalla le habian respetado, la ambicion le habia sacrificado.

Es preciso decir por qué acontecimiento faltaba aquel príncipe al completo regreso de los Borbones ausentes desde 1789, por qué su falta era mas sensible á la imaginacion y al corazón de la Europa, que lo habria sido su presencia. El sentimiento del crimen á cuyo impulso aquella victima habia desaparecido, tenia mucha parte en el interés que inspiraba su familia, y en la antipatía que generalmente se tenia á su asesino. Dios ha formado el corazón del hombre de manera, que una sola mancha de crimen, borra en él todo un disco de gloria, y la justicia se venga para siempre con un implacable desprecio.

## XXIX.

El duque de Enghien, como acabamos de decir, era el primero y único fruto de los amores del duque de Borbon, de edad de quince años, y de su prima Batilde de Orleans. Aquella princesa habia sido arrebatada por él, del convento despues del matrimonio, á pesar de las dos familias que querian separar á los amantes. La poesía se habia apoderado de aquel drama de córte, y le habia popularizado en la escena, por medio de la música y de los versos. Aquella union demasiado prematura, no

fué feliz mucho tiempo. La duquesa de Borbon habia sido objeto de nuevas ternezas con motivo de un respetuoso duelo entre su marido y el conde de Artois, por una indiscrecion en un baile de máscaras. El duque de Borbon adoraba á su hijo, y le daba una educacion guerrera aun antes de la edad competente, como un niño de los campamentos, en las tiendas y campañas de la emigracion. La naturaleza habia anticipado en aquel jóven príncipe, la varonil inclinacion á los combates. Habia nacido soldado, no respiraba mas que heroísmo, no queria deber mas que á su espada, y á su sangre derramada, sus grados en el ejército de su abuelo de quien era ayudante de campo, y el respeto de sus compañeros de armas y de destierro. Su hermosa figura, mezcla de la gracia femenina de los de Orleans y del marcial entusiasmo de los Condé, sus ojos azules, su nariz aguileña, el óvalo español de su rostro, la franqueza de sus labios y de su gesto, el juvenil colorido de sus facciones, su corazon de igual y de amigo con los jóvenes de su edad, su gracia á caballo, su gentileza á pie, su arrojo en el fuego, su ardor en el placer, le habian hecho el favorito del ejército. En vano su abuelo y su padre le recomendaban en las acciones de puestos avanzados á la prudencia de los veteranos: no podian contenerle. Tenia impaciencia de derramar su sangre por la causa en que habia sido alimentado: ya habia atravesado tres veces por entre las balas y los sables de los republicanos. A los veinte y dos años, el duque de Enghien tenia ya el instinto ejercitado de la guerra, y la ójeada de un general. Mandaba la caballeria del ejército.

## XXX.

Cuando el licenciamiento del ejército de Condé, conduxo una parte de él á Rusia. La jóven princesa Carlota

de Rohan á quien amaba y tenia voluntariamente espuesta á sus riesgos en los campos de batalla, le acompañó en aquel viage, y á la vuelta. El amor que la profesaba y la pasion á los combates, le impidieron seguir á su abuelo y su padre, á su retiro de Lóndres. Quiso vivir aislado, lejos de las córtes, pero siempre á vista de la Francia, y cerca del teatro de la guerra por si llegaba á encenderse. Recorrió la Suiza con la compañera de su juventud, y volvió á fijarse con ella en Ettenheim, pueblecito del pais de Baden. Descansaba allí en la oscuridad, el amor y los trabajos campestres, de los siete años de combates y de actividad que le habian madurado antes de tiempo. Algunos amigos de su casa que habia dejado su padre, y algunos ayudantes de campo de sus guerras, vivian retirados en la misma aldea, y participaban de sus sencillas é inocentes distracciones.

## XXXI.

Avergonzándose de su inacion, hubo un momento en que concibió la idea de entrar al servicio en uno de los ejércitos de las potencias. Su padre le escribió recordándole su sangre. «Eso no es para vos, mi querido hijo, le escribia el duque de Borbon, jamás ha tomado ese partido ninguno de los Borbones. Todas las revoluciones del mundo, no impedirán que seais hasta el fin de vuestra vida, lo que sois y lo que Dios os ha hecho. Penetráos de esta idea. Al principio de la guerra, que me atrevo á creer he hecho como cualquiera otro, he rehusado admitir ningun grado en el servicio estrangero. Lo mismo debeis hacer. Otra conducta, os haria quizá aliado de los rebeldes de la Francia, y podria esponeros á combatir la causa de vuestro rey..... Aqui tendreis una vida oscura en vuestro interior, aguardando el complemento de vuestra gloria. A Dios. Recibid un abrazo.»

## XXXII.

El príncipe obedeció á su padre. Estraño á las intrigas, y conceptuándose á cubierto de todo peligro en los estados del gran duque de Baden, se entregaba en los bosques de aquel príncipe á la caza, su diversion predilecta. Se ha dicho que arrebatado por la imprudencia de su edad, por el sentimiento de su inocencia y por el instinto del desterrado, que goza hasta con el peligro de pisar el suelo de la patria, pasaba algunas veces el Rhin, y asistía de incógnito á las representaciones del teatro de Estrasburgo. Pero ese rumor, divulgado sin pruebas por sus asesinos como una excusa, ha sido desmentido despues de el suceso, por los amigos que no le abandonaban.

Sea como quiera, su abuelo el príncipe de Condé, se alarmó de aquel aturdimiento, cuya noticia habia llegado hasta él en Lóndres. «Se asegura, escribió á su nieto, que habeis hecho una escursion á París, aunque otros dicen que á Estrasburgo. Es necesario convenir, en que eso es arriesgar inútilmente vuestra vida ó vuestra libertad, porque en cuanto á vuestros principios, estoy tranquilo: se hallan grabados en vuestro corazon, tan profundamente como en los nuestros. Me parece que ahora podriais confiarnos lo pasado, y decirnos, si eso es cierto, lo que habeis observado en vuestro viage.... A propósito de vuestra seguridad, que á todos nos es tan querida, estais demasiado cerca de Francia, tened cuidado, no descuideis ninguna precaucion para ser advertido á tiempo, y retiraros con oportunidad, no sea cosa que se le pase por la cabeza al cónsul, el haceros arrebatat.... No creais que hay valor en aventurarlo todo en punto á esto. Seria una imprudencia imperdonable á los ojos del universo, y que tendria consecuencias desastrosas.... Asi,

pues, os lo repito, guardaos, y tranquilizadnos contándonos que conoceis perfectamente la necesidad de precauciones que os conjuramos tomeis, y que podemos estar tranquilos en cuanto á vos.»

## XXXIII.

«Seguramente, mi querido papá, contestó el duque de Enghien, es necesario conocerme muy poco para haber podido decir, ó tratar de hacer creer que he puesto el pie en el suelo republicano, de otro modo que en el rango y en el lugar, en que la *casualidad* me ha hecho nacer. Soy demasiado orgulloso para inclinar cobardemente la cabeza; el primer consul, podrá quizá conseguir el matarme, pero jamás me hará humillar: puede viajarse desconocido por los ventisqueros de la Suiza, como lo he hecho en la estacion última; pero cuando vuelva á entrar en Francia, no tendré necesidad de ocultarme. Puedo pues daros mi palabra de honor mas sagrada, de que jamás me ha ocurrido ni me ocurrirá una idea semejante. Os abrazo, mi querido papá, y os ruego que nunca dudeis de mí ni de la ternura que os profeso.»

## XXXIV.

Poco tiempo despues, los complots de Georges, de Pichegrú, y el proceso de Moreau, sembraron de sospechas y de sangre los primeros pasos de Napoleon hácia el imperio. Creia amenazada su vida por la triple complicidad de los jacobinos, de los emigrados, y de sus rivales de gloria Moreau y Pichegrú, impulsados al crimen por la envidia de su omnipotencia. Aquel fué el tiempo en

que hombres de la policía, vendidos y traidores á un tiempo mismo á los dos partidos, entraban en Londres en conspiraciones ocultas, y las aumentaban con mentiras para subirlas de precio en Paris. Todo eran sordos rumores, lazos encubiertos, recelos, prisiones, juicios, sentencias de muerte y ejecuciones en derredor del futuro emperador. Aquel reinado usurpado á la monarquía y á la libertad, iba á rodearse de los terrores que él mismo sentía, y queria evitar el asesinato con el suplicio. El alma de Napoleon que no habia manifestado en Saint-Cloud, el valor civil en el mismo grado que el militar en los puentes de Lodi y de Arcola, afectaba la ferocidad de su ambicion. Queria abrir detrás de sí tal abismo entre el poder supremo y la destitucion, que ni el pueblo ni la Europa pudiesen dudar de su obstinacion en reinar ó morir. Su resolucion tomaba en él el carácter de la irrevocable fatalidad. Queria que el mundo se convenciese de ello á toda costa, para desalentar á sus enemigos y rivales, y quitarles hasta el pensamiento de atentar contra su futura dinastía. Hé aqui cual era el verdadero estado de su alma, cuando delaciones de policía mal redactadas y peor interpretadas le hicieron presumir que el duque de Enghien y el general Dumouriez, renovaban contra él en Ettenheim, las conferencias de Georges, de Pichegrú y de Moreau en Paris, y que la pacífica mansion del príncipe era un foco de tramas y asesinatos premeditados contra él. Mandó al instante á su policía, que aclarase por medio de un espionage aquellas sospechas que nada justificaba. Parecía que tenia prisa por sorprender el nombre de un Borbon en un crimen y deshorrar la casa cuyo sitio queria ocupar y la herencia sobre el trono de su pais. De todos aquellos príncipes refugiados en tierra estrangera, tal vez no habia mas que uno solo que por su pasión á las armas, su popularidad en los campamentos, su carácter y su filiacion de héroe pudiese hacerle temer en el porvenir, un competidor ó un vengador. Al desig-

narsele la fortuna en aquellas circunstancias, parecia entenderse con sus intereses, sus previsiones, y sus sospechas. Aquellas disposiciones que le ayudaban á encontrar un culpable, le apresuraban quizá á herir. Se dice, y nada lo desmiente ni lo confirma, que Mr. de Talleyrand, su ministro entonces de Negocios estrangeros, lisongeano sus terrores como habia lisongeano su audacia le animó no á encruelecerse, sino á sorprender la supuesta conspiracion, y á violar osadamente el derecho de las naciones y de la paz, haciendo arrebatat al príncipe en territorio estrangero. Mr. de Talleyrand, jamás ha manifestado en su larga vida la execrable indiferencia de la sangre, y mucho menos de las pasiones crueles. Sus vicios eran de otra naturaleza; era demasiado suave para ser inflexible, pero tambien demasiado servil para resistir. Puede creerse que manifestó por la seguridad del primer consul un celo que no conocia escrúpulos. No puede admitirse que aconsejó el crimen y la muerte. Irreconciliable únicamente con la iglesia por sus costumbres y su matrimonio, irreconciliable con los Borbones por sus servicios á sus enemigos, debia naturalmente inclinarse á su amo, á romper irrevocablemente con unos príncipes, de que él mismo no esperaba perdon. A eso se limitó sin duda toda su complicidad. Napoleon en Santa Elena se la ha atribuido toda entera, luego á otros, y despues la ha reivindicado para sí mismo en un código mas cruel que el asesinato. Pero la aberracion es el carácter de los remordimientos. Cuando pesa el crimen, se echa al azar sobre otras manos, y cuando por fin la verdad le vuelve á restituir, y no se puede menos de recogerle, se reivindica y constituye el orgullo. Es el último subterfugio de la conciencia, la última forma del delito.



El cónsul comenzó desde aquel día á hacer trazar por su policía en derredor de la morada del príncipe, el círculo de averiguaciones, vigilancia y emboscadas en que meditaba encerrarle. El 4 de marzo de 1804, el prefecto de Estrasburgo por orden de Real, prefecto de policía en París, conferenció con el coronel Charlot, comandante de la gendarmería. Procuraron juntos buscar los medios para disipar la oscuridad que reinaba en la casa del príncipe y entre los que le rodeaban. Aquellos dos funcionarios fijaron la vista en un sargento inteligente y amaestrado en aquella especie de exploraciones, por la costumbre de perseguir y espiar á los criminales. Se llamaba Lamothe.

Era natural de Alsacia y hablaban el alemán. Se dirigió á Ettenheim con el pretexto de un tráfico cualquiera: reconoció los caminos, los sitios, el pequeño palacio gótico que habitaba el príncipe, la casa separada de la aldea, en que residían la princesa Carlota y el príncipe de Rohan, su padre. Después de trabar conversacion con los habitantes del país, y de hablar de su supuesto comercio, preguntó con aparente indiferencia á los aldeanos por el duque de Enghien, su comitiva, el género de vida que observaba en aquel retiro, por los refugiados franceses que habitaban con él ó en derredor suyo, y en fin, por las relaciones mas ó menos frecuentes que tenia con personas estrañas al país.

Lamothe volvió al día siguiente á Estrasburgo, y en su relacion al coronel Charlot, decia: «Primero fui á la

aldea de Capel, á cierta distancia de Ettenheim. Conversando allí con el maestro de postas, supe que el duque de Enghien estaba siempre en Ettenheim, con el general Dumouriez y el coronel Granstein que hacia poco habian llegado de Lóndres. Cuando llegué á Ettenheim, me confirmaron la presencia en la aldea del príncipe y del general Dumouriez. Me dijeron que el príncipe habitaba en el palacio inmediato á la aldea, que siempre estaba de caza, y que no tenia á su lado mas que un secretario. Que Dumouriez y el coronel Granstein vivian separados y en casas diferentes; que la correspondencia del príncipe era mas activa que de costumbre; que era adorado en el país; que no se trataba de modo alguno de su marcha á Lóndres. Se acercaba la noche, y mi mision estaba concluida.» El resto del parte concierne á otros datos que Lamothe estaba encargado de recoger acerca de la baronesa de Reisch, y los emigrados en el inmediato pueblecito de Offembourg, foco de intrigas y de correspondencia de los emigrados en las orillas del Rhin.

Aquella relacion exacta acerca de los pormenores de la vida y de la residencia del príncipe era inexacta en cuanto á los nombres. El acento alemán del aldeano de Ettenheim, habia desnaturalizado la pronunciacion del nombre del coronel de Thomery, emigrado francés, ayudante de campo del príncipe, y habia derivado de él el nombre del general Dumouriez. Este se hallaba entonces en Hamburgo, y el príncipe jamás habia tenido la menor relacion con aquel general residente en Lóndres y á quien miraba como un traidor á su casa, y como traidor á la república. El coronel Charlot se apresuró á remitir las noticias de su espía al general Moncey, comandante en

gefe de la gendarmería en París, por la correspondencia de aquel cuerpo. Aquella correspondencia se dirigia entonces de brigada en brigada, con mayor rapidez que la de los correos.

Moncey llevó aquella relacion al primer cónsul, antes que el prefecto de policía Real, hubiese recibido el parte del prefecto de Estrasburgo que contenia las mismas noticias. Bonaparte, al leer el nombre de Dumouriez creyó tener el hilo de la trama en que se creia envuelto. Mandó llamar á Real, gefe de la policía: «¿Y qué, le dijo en tono de reprension al verle entrar, me dejais ignorar que Dumouriez está en Ettenheim con el duque de Enghien, y que los dos organizan alli complets militares á cuatro leguas de la frontera?...»

Real se escusó con el retraso de la correspondencia del prefecto de Estrasburgo. Por la noche recibió el parte que confirmaba la narracion de Charlot. La comunicó al primer cónsul y á Mr. de Talleyrand presente á la conversacion. Convencidos los tres de la realidad de la noticia, y conociendo la importancia, la audacia y el genio agitador de Dumouriez, se asombraron é indignaron del silencio de las autoridades próximas al Rhin, y de Massias, enviado de la república. «Es preciso, dijo Mr. de Talleyrand dejar que los emigrados conspiradores se encuentren en ese foco del Rhin, y prenderlos alli.»

La opinion de la complicidad del duque de Enghien en las conspiraciones que entonces agitaban sordamente á París, se confirmó cada vez mas en el ánimo del primer cónsul, de su ministro y de su policía. Mil coincidencias concurren á fortificarla é irritarle mas.

## XXXVIII.

Georges á quien se buscaba vánamente en París ya hacia tres semanas, fué acechado y sorprendido la noche

del 9 de marzo. Salió de su retiro, subió en el cabriolé de Leridant, uno de sus cómplices, y observó que le seguian cuatro agentes de policía. Tomó las riendas, quitándose las á Leridant, y dirigió su caballo á galope por las calles que bajan desde el Luxemburgo hácia el Sena. Los agentes sin aliento, se encarnizan en su persecucion. Mira por la ventanilla del cabriolé y se vé muy próximo á ser alcanzado. Vuelve las riendas, prepara sus pistolas y hace fuego á los dos primeros agentes que se presentan. Mata al uno y hiere mortalmente al otro; se defiende puñal en mano de los otros dos y de los auxiliares que se reunen para desarmarle. Derribado en fin por un sombrerero llamado Tomás, y rodeado por la multitud, fué maniatado y conducido al depósito de criminales. Interrogado por Real, confesó que habia ido á París para arrebatár al primer cónsul á viva fuerza, pero de ningun modo para asesinarle: que habia tenido relaciones con Saint-Rejant, el maquinador de la calle de San Nicasio, pero que al fabricar Saint-Rejant la máquina infernal, se habia escedido de sus instrucciones, que no eran otras que reclutar cierto número de hombres resueltos y montados, para atacar la escolta de Bonaparte en una de sus escursiones fuera de la ciudad, y llevar aquel dictador prisionero á Lóndres: que nada habia aun preparado para aquella empresa, y que para consumarla, se aguardaba la próxima llegada á París de un principe.

## XXXIX.

Aquel principe, en la mente de Bonaparte y de la policía no podia ser otro que el duque de Enghien. Otra declaracion de Leridant, confirmaba aquella falsa apariencia. Aquel conspirador, amigo de Georges, decia haber visto en Chaillot acudir á la casa en donde Georges

vivia desconocido, á un jóven, cuyo nombre callaba, elegantemente vestido, de hermosa presencia, maneras aristocráticas, y que habia creído que aquel jóven era el principe que aguardaban los conjurados. Hasta mas tarde no se supo que aquel hombre cuyo esterior misterioso tanto habia chocado á Leridant, era el conde Julio de Polignac, confidente del conde de Artois, el mismo cuya fatal adhesión á su amo, produjo despues la ruina de la monarquía.

Los confidentes y ministros del primer cónsul escitaron su cólera al oír aquellas confusas revelaciones, y le impelieron á que contestase con una guerra de emboscadas á otra del mismo género, y á un asesinato con otro. Era anticiparse á su indignacion y servir su pensamiento.

#### XL.

El 10 de marzo convocó un consejo íntimo, al cual fueron llamados Cambaceres, Lebrun, sus dos colegas en el consulado, Mr. de Tayllerand, Fouché y Regnier ministro de la Justicia. Este expuso el asunto hablando siempre de la falsa suposicion de complicidad del duque de Enghien en los complots enteramente distintos de Georges, Pichogré, Moreau, Saint-Rejant, del conde Julio de Polignac, de los corresponsales de los principes de Londres, y de la suposicion igualmente falsa de la presencia del general Dumouriez en Ettenheim. Todo es sospecha para el miedo, y todo es prueba para la sospecha.

«Se atribuye, decia la esposicion de los hechos, al primer cónsul, el pensamiento de una complicidad personal en esas tramas urdidas contra él, y la premeditacion del papel de Monk: es necesario que se sincere desmintiendo solemnemente á esos conjurados. Se trata de

un asesinato contra él y contra la república: es necesario que el gobierno desconcierte esas conspiraciones, y se apodere de ellas en donde quiera que estén. El gran duque de Baden no podrá quejarse de la violacion de su territorio, si consiente en él á sabiendas atentados contra la Francia: y si no es así, no podrá menos de aplaudir una justicia que evita un crimen tramado en su casa.» A Cambaceres le repugnaba la violacion del territorio extranjero: «Si es cierto que el principe va con frecuencia á Estrasburgo, ¿por qué no se le observa y se le prende en fragante violacion de su destierro sin atentar contra el derecho de las naciones?» Regnier ministro de la Justicia, aunque habia leído el informe, apoyó contra él el dictámen legal y moderado de Cambaceres. Mr. de Talleyrand contestó que semejante partido tenia dos inconvenientes graves: el primero dar tiempo para que se trascudiese la resolucion del gobierno, con lo que los conspiradores evitarian el riesgo de ir á Estrasburgo; y el segundo el de no ocupar en Ettenheim sus papeles, mas importantes que sus personas, puesto que en ellos debia encontrarse la clave de los complots mas peligrosos y secretos contra la Francia. Aquel dictámen fué aprobado, y resuelta la expedicion contra Ettenheim. Además, se concertó otra expedicion simultánea y de la misma naturaleza á Offembourg, otro foco presunto de los mismos complots, á orillas del Rhin.

#### XLI.

Apenas entró Bonaparte en su habitacion, fijó la vista en dos hombres de cabeza y de corazon de entre los que le rodeaban, á quienes pudiese confiar con seguridad aquella doble expedicion. Eligió para la expedicion de Offembourg al general Caulaincourt, su ayudante de cam-

po, y para la de Ettenheim, al general Ordener, comandante de los granaderos á caballo de la guardia de los cónsules.

Caulaincourt, noble de Picardía, era hijo del marqués de Caulaincourt, teniente general de los ejércitos del rey antes de la revolucion. Su madre estaba adicta á la corte de madama la condesa de Artois. El jóven Caulaincourt, destituido como noble de sus primeros grados á los diez y seis años en el ejército republicano, se habia hecho soldado para continuar la carrera de las armas. Aquella inclinacion á las armas y á la patria, no le habia librado de las persecuciones del terror aun contra la aristocracia mas oscura. Habia permanecido algunos meses en los calabozos. Un carcelero antiguo criado de su familia le ayudó á fugarse. Debía conocer mejor que otro el precio de la libertad y serle repugnante la mision que una fatal confianza iba á hacer pesar sobre él. Valiente y diplomático á un mismo tiempo, recibió bien pronto sus grados en los campos de la Alemania y de la Italia. Bonaparte habia enaltecido su nombre, su valor y su talento. Le sacó un momento de los campamentos para enviarle con una mision á Rusia, y á su regreso le nombró uno de sus ayudantes de campo.

Ordener no era mas que uno de aquellos simples soldados de 1792, que habia ascendido de grado en grado y de proeza y proeza hasta el rango mas elevado del ejército. Bonaparte, testigo de uno de sus actos de resolucion y de energia, en una accion, le confirió el mando de los granaderos á caballo de su escolta. Era uno de esos hombres á quienes la disciplina doblega á toda órden en que ven un deber militar, y que no racionan acerca de la obediencia. Ninguno de los recuerdos de su familia, de las preocupaciones de su infancia, podía hacerle titubear para poner la mano sobre un Borbon.

## XLII.

A las diez de la noche despues de aquel consejo, Bonaparte envió á llamar á Caulaincourt y Ordener, como asi mismo á su secretario particular Menneval. Este jóven estaba enterado de todos sus pensamientos. De alma apacible, de corazon honrado y de mano segura, Menneval, escribió con el escrúpulo de la conciencia la relacion circunstanciada de aquella noche, de cada persona, presente ó ausente: cada silaba, cada hora en el cuadrante de la péndola, son un testimonio en pro ó en contra de los actores del oscuro drama que iba á representarse para la posteridad.

«A las diez de la noche, dice Menneval, me vinieron á buscar de parte del primer cónsul. Le encontré en una pieza contigua á su gabinete con muchos mapas á sus pies, que habia arrojado al suelo, y buscando otra carta del curso del Rhin. Despues de encontrarla la estendió sobre una mesa y comenzó á dictarme instrucciones para el ministro de la Guerra Berthier. Mientras que escribía, anunciaron al mismo Berthier y poco despues al general Caulaincourt. El primer cónsul hizo tomar la pluma á Berthier y siguiendo en la carta el camino que era necesario tomar para llegar á Offembourg y Ettenheim concluyó de dictarme sus instrucciones que decian:

París 10 de marzo de 1804.

AL MINISTRO DE LA GUERRA.

«Servios, ciudadano general, dar órden al general Ordener, que pongo á vuestra disposicion, para que esta

misma noche se traslade en posta á Estrasburgo. Viajará con un nombre supuesto.

«El objeto de su mision es dirigirse á Ettenheim, cercar la ciudad y arrebatár al duque de Enghien, Dumouriez y un coronel inglés. El general de division de Estrasburgo, el cuártel-maestre, que ha ido á reconocer á Ettenheim y el comisario de policia, le darán todas las noticias necesarias. Hará salir de Schelestadt trescientos dragones del regimiento núm. 26 que se trasladarán á Rheinan en posta. Además de la barca deben procurar que haya allí cinco barcos capaces de poder pasar en sola una noche los trescientos caballos. La tropa tomará pan para cuatro dias y se proveerá de cartuchos. Además se les agregarán treinta gendarmes.

«En cuanto el general Ordener haya pasado el Rhin se dirigirá directamente á Ettenheim, á la casa del duque y á la de Dumouriez. Después de su expedicion regresará á Estrasburgo.»

Bonaparte dictó aquí las instrucciones mas minuciosas con respecto á las medidas que debia tomar el general Ordener para que no se le escapase su presa, y para llevarla con seguridad y secretamente á Paris; luego se ocupó de Caulaincourt.

## XLIII.

«Dareis orden escribió al ministro de la Guerra, para que el mismo dia, á la misma hora, doscientos hombres del regimiento núm. 26 de dragones, se dirijan á Offembourg á las órdenes del general Caulaincourt para cercar la ciudad y arrebatár á la baronesa de Reisch y á otros agentes del gobierno inglés.

«Desde Offembourg el general Caulaincourt dirigirá patrullas hacia Ettenheim, hasta que sepa que el general

Ordener ha conseguido su objeto. Ambos se prestarán auxilios mútuos.

«Al mismo tiempo, el general que manda en Estrasburgo, hará pasar el Rhin á trescientos hombres de caballeria, y cuatro piezas de artilleria lijera ocuparán el espacio que media entre los dos caminos de Offembourg y Ettenheim.

«El general Caulaincourt, llevará treinta gendarmes. El general de la division, el general Ordener y el de igual clase Caulaincourt celebrarán un consejo.» De este modo las dos expediciones eran simultáneas, y estaban combinadas de manera, que cada uno de los generales encargados de ejecutarlas tenia conocimiento de la expedicion de su colega y le auxiliaba en caso de necesidad.

Escritas aquellas instrucciones llegó Ordener. Bonaparte hizo que le leyesen las instrucciones generales, á fin de que se penetrase bien del sentido de su mision, luego le entregó cartas para el general Laval de la division de Estrasburgo, un pasaporte con nombre supuesto y una libranza de doce mil francos contra su tesorero. La carta para el general Laval, no era mas que la repeticion mas esplicita de las instrucciones que acababan de leerse. Insistia en el consejo que deberian celebrar juntos los tres generales para combinar mejor la expedicion á la vez diversa y comun. El general Ordener, decia aquella carta, está prevenido de que el general Caulaincourt debe partir con él para obrar por su lado. He entregado, añadía Bonaparte, doce mil francos para los dos

## XLIV.

Ordener partió en la misma noche del 10 al 11 de marzo, llegó á Estrasburgo el 12. En cuanto llegó se